

ANDREY

9 -12

Nos entendimos desde el primer día, cuando llegué como administrador a la finca de Baja Baviera en el último año de la guerra. En realidad, solo tenía un único trabajador alemán, el viejo Joseph, mi conductor de tractor. Todos los demás eran una mezcla abigarrada de los pueblos de Europa. En el bosque, dos franceses, hábiles leñadores de las Ardenas; con los caballos, un serbio; en el establo, una gran familia polaca; y luego, para la escarda de remolachas y la cosecha de heno, llegaban grupos de prisioneros de guerra rusos que nos prestaba la fábrica de azúcar.

Pero a mi Andrey y a su Babuschka, los tenía como criados para todo. *¿Cómo les irá ahora, allá en las vastas llanuras de Canadá?* Quizás allí se sientan recordados por la inmensidad de su patria, que tuvieron que abandonar.

La primera vez que miré sus claros ojos azules fue cuando lo busqué en el estercolero. Nadie habría esparcido y amontonado el estiércol con tanto cariño y esmero como él. Seguramente era algo completamente nuevo para él que se pudiera cuidar el estiércol concienzudamente como un bien precioso, cubrirlo con tierra y apilarlo en montones. Pero ahora se había convertido en su orgullo. Allí estaba, descalzo sobre el montón humeante, trabajando constantemente, en lugar de, como los otros, fingir de repente un fervor exagerado al acercarse el "señor". Una palabra de elogio lo hizo alzar la mirada. Y esa mirada me llegó al corazón. Bondad y tristeza y paz y serenidad – todo eso hablaba desde ella.

Solo asintió amablemente y siguió trabajando. Hablaba raras veces. Me sorprendió su alemán relativamente fluido. Su cabello, ya entrecano, estaba cortado sobre la frente.

Resultó que pude asignar a los dos ancianos una pequeña habitación para ellos solos. Porque pronto noté cuánto sufrían con la estrecha convivencia con los demás.

La mantenían escrupulosamente limpia. En un rincón tenían colgada una pequeña cruz, como la que los rusos suelen llevar al pecho, sobre un trozo de cartón cubierto con papel blanco. Siempre había flores delante, en viejas latas de conservas.

Yo sabía que él era el único hombre honesto en toda la finca. Porque en aquella época de necesidad, todo el mundo robaba lo que necesitaba, y costaba trabajo mantener bajo llave todo lo posible.

Solo Andrey era la única excepción. Y esto ocurría con mi consentimiento tácito. Debido a los frecuentes bombardeos aéreos, la luz eléctrica se iba a menudo. Así que en el establo siempre tenían que haber velas preparadas. Andrey, que ayudaba con los caballos y sobre todo tenía que cuidar de los potros, sabía dónde yo dejaba las velas, y estas se gastaban siempre con una rapidez sorprendente. Yo intuía para qué era, y lo dejaba hacer.

La primera vez que conversamos fue a finales del otoño, durante la cosecha de remolacha azucarera.

Era urgentísimo, la helada amenazaba con adelantársenos. Quien pudiera, tenía que ayudar. También todos los polacos estaban fuera. Ya caía la tarde, pero era como si estuviéramos embrujados. Una y otra vez la gente hablaba excitada y miraba al cielo. Al principio pensé que temían a los aviones a baja altura, que en aquel tiempo a veces disparaban a los campesinos en los campos.

Solo Andrey y su Babuschka trabajaban en silencio, los cuchillos brillaban, las hojas volaban a un montón, las remolachas al otro. Debo privarme de reproducir el delicioso lenguaje de Andrey; apenas lo lograría.

Cuando me acerqué a ellos, él me miró de reojo desde abajo, sus ojos parecían divertidos, primero señaló a los polacos y luego a su frente:

"Señor, no se enfade, son tontos y además sin Dios. Creen que el sol saltará al ponerse y dará vueltas por el cielo, y que la Virgen María aparecerá. Y esa es la señal de que la guerra pronto terminará. ¿De qué sirve que la guerra termine, si la gente sigue siendo mala? Pronto vendrá una nueva. La gente mira hacia afuera. Deberían mirar hacia dentro. Sería mejor".

Y siguió trabajando con ahínco.

Me fui pensativo. ¡Qué clase de hombre era ese! ¡Qué diferente era de aquellos rusos adiestrados en la dialéctica, que habían pasado por el Ejército Rojo, con los que a menudo conversaba.

Pero él, a veces, sin una palabra, con un gesto de saludo, con una mirada, con un movimiento de cabeza, podía ayudarme cuando yo recorría la finca lleno de preocupaciones.

Tuve que ir a la ciudad, a conseguir semillas en la cooperativa. Quería darle una alegría a Andrey. Pero no había nada para comprar.

Entonces veo en una tienda de trastos viejos una imagen sagrada, un icono ruso. Quizás algún soldado la había enviado a casa. La compré y la guardé en mi bolsillo.

Volví muy contento a casa. La imagen, con Elías en el carro de fuego ascendiendo al cielo, arrojando su manto a Eliseo, que araba abajo, me conmovió por completo.

Andrey corrió hacia mí con pasos ágiles para quitarme el caballo y el carruaje. Saqué mi imagen del bolsillo:

"Esto es para ustedes, disfrútenla".

La desenvolvió, palideció, hizo respetuosamente la señal de la cruz, y como un rayo desapareció. Yo me quedé un poco desconcertado en mi carruaje y, a regañadientes, tuve que desenganchar mi caballo yo mismo. Poco después apareció, con aire culpable, agarró mi mano para besarla, y las lágrimas le corrían por el rostro. No podía hablar.

Esa tarde puse un paquete entero de velas en el establo, que también desapareció con prontitud al día siguiente.

Llegó el tiempo de **Adviento**. El día de **San Nicolás** caía en domingo. Desde hacía días veía a la Babuschka lavar y limpiar, había sacado la mesita y los dos taburetes al patio y los fregaba hasta dejarlos brillantes, los colchones de paja se rellenaron de nuevo; noté que algo se estaba tramando.

Entonces, el Sabbat después del trabajo, los dos vinieron a verme, se quedaron tímidos en la puerta, y finalmente Andrey se atrevió a decir:

-“Señor administrador, por favor, no se lo tome a mal, ¿no querría usted hacernos el honor de venir a vernos mañana, en la fiesta de San Nicolás?”

Acepté. Ordené que se les asignara una hogaza más grande del pan blanco que, prohibidamente, cocinábamos los domingos para nuestra gente, y les dije que también les llevaría una botella de vino que me habían regalado.

Yo tenía una petición para ellos dos:

-“Ustedes tienen que contarme cómo han llegado hasta aquí”.

-“Eso sí se puede hacer”, dijo,

Y los dos se marcharon radiantes.

Nunca olvidaré esa hora de una tarde de invierno. A la luz de muchas velas, la imagen sagrada, enmarcada por ramas verdes, resplandecía en el rincón. Sobre la mesa se había extendido una camisa blanca – no tenían nada, los pobres. En el plato de hojalata estaba el pan, y había tazas en lugar de copas.

Casi no me atrevía a entrar, tan solemne estaba el ambiente en la pequeña habitación.

Después de una larga oración rusa, nos sentamos a la mesa.

Y entonces él contó:

“De la aldea solitaria en los bosques, de la cabaña del abuelo, adonde había huido después de la revolución, de la guerra que se acercaba cada vez más. Ellos querían quedarse. ¿Qué le puede pasar a unos pobres campesinos? Los judíos de la aldea, que tenían una pequeña comunidad allí, incluso con una casa de oración, habían huido. Solo el anciano Abraham, el director, no quería irse. Allí estaban las tumbas de sus antepasados y de sus hijos, allí quería morir.

“Vivíamos apartados, pero los alemanes podían llegar. Entonces lo obligamos casi a la fuerza a esconderse en el bosque. Allí tenemos como unas despensas subterráneas. Allí se lo acondicionamos para vivir, y cada pocos días le llevábamos comida. Quizás, pensábamos, la guerra termina pronto y él puede volver a su casa. A menudo lo oíamos rezar en voz alta cuando estábamos en el bosque.

Pero se ponía cada vez más triste y débil. Y una vez, cuando le pregunté qué le pasaba, dijo: ‘¿Para qué quiero vivir, si no puedo servir a mi Dios? Solo una vez más me gustaría recibir

dignamente a la novia sagrada, el Sabbat – pero aquí no se puede. Sentí que todo su corazón pendía de ese pensamiento. Le dije que ahora anochece pronto, y que hacía tiempo que no se veía un alemán en el pueblo, y que se deslizara al anochecer hasta mi cabaña, que está al borde del bosque, y le pregunté qué debía preparar.

Pidió siete velas, un pan y un poco de vino.

Y así fue. En la habitación de atrás había preparado la comida, todo puesto como ahora aquí. Las velas ardían, en el rincón colgaba nuestro santo Elías, igual que ahora aquí. Luego llegó él, con su larga barba blanca. Era como ver al mismo Abraham cuando invitó a la mesa a los ángeles de Dios. Pero la ventana, cuidadosamente cubierta, la dejó al descubierto. *'¿Cómo va a ver'*, dijo con reproche, *'el santo profeta, que siempre vaga por la tierra para preparar la llegada del Mesías, que aquí se celebra el santo Sabbat? Poned otro plato y otra copa para él, para que vea que lo hemos esperado. Y la puerta no debe estar cerrada.'*

No era posible contradecirlo. Y entonces comenzó un canto, meciéndose con el torso, los ojos cerrados, con el rostro transfigurado.

Yo invoqué a Dios y a todos los santos para que nos protegieran. Aunque él no era cristiano, seguro que no era pecado haberlo ayudado antes de su muerte para que pudiera servir a Dios a su manera.

Y estábamos sentados en la comida, y él contaba de tiempos inmemoriales.

Y entonces sucedió: de repente, ruidos de motores por todos lados, gritos.

Supe al instante, son los alemanes, están registrando el pueblo.

Él parecía no darse cuenta. Comenzó a cantar de nuevo. Entonces llaman con fuerza a la puerta. Nos quedamos como petrificados. Un paso pesado cruza la sala. La puerta de la habitación es abierta de un golpe. Allí hay un soldado con una gran barba llena de escarcha, ya un hombre mayor. El rifle apuntando. Nuestro viejo padre Abraham se levanta solemnemente. Con un gran gesto señala la silla vacía, el cubierto preparado.

Nos late el corazón con fuerza. *¿Qué va a pasar?* Sí, los ángeles estaban allí. El alemán apoyó el rifle en la pared. En completo silencio mira las velas, la imagen; se sienta, bebe la copa de vino (un oficial me había regalado la botella cuando estuvo alojado en nuestra casa), come del pan. Hace la señal de la cruz. Se seca la boca, se inclina levemente ante el anciano, sacude la cabeza suavemente, asombrado, al salir, la puerta se cierra. Todo queda en silencio.

Las velas se han consumido.

El anciano reza en voz alta un cántico de alabanza. Probablemente sería un salmo.

Lo llevamos de vuelta a su cueva. –

Señor, ¡qué grande fue la alegría cuando nos trajo la imagen! ¡Estamos tan agradecidos! Tenemos de nuevo con nosotros al ángel que nos protege."

Con mis breves preguntas supe que alguien los delató y que volvieron una vez más y obligaron a Andrey a guiarlos al bosque. Pero solo encontraron al anciano muerto. Un resplandor beatífico yacía en su rostro.

"A nosotros, en cambio, nos trajeron consigo. Así es como estamos aquí."

También nuestras velas se consumieron. Pude decirles que yo en realidad era sacerdote de profesión y que ahora quería dar una bendición para nosotros, para el viejo Abraham, para todo el mundo enfermo y herido.

Y me alejé de esa mesita tambaleante en la habitación como solo me alejo de un altar.

Cuando volví sobre el patio nevado, la luna se elevaba sobre el bosque, y miré hacia atrás, hacia la pequeña ventana de la habitación, entonces tuve que pensar en cómo un poeta, que no pudo soportar el dolor y la oscuridad de la primera gran guerra y que por eso ya entonces pereció, uno que conocía las sombras y la tristeza como pocos – cómo Georg Trakl nos dejó un poema; y tuve que recitarlo para mí, este poema de un *"Atardecer de invierno"*:

Cuando la nieve cae sobre la ventana,
Larga suena la campana de la tarde,
Para muchos está la mesa puesta,
Y la casa está en orden.

Muchos en su peregrinar
Llegan a la puerta por oscuros senderos.
Dorado florece el árbol de la Gracia
De la savia fresca de la tierra.

Peregrino, entra en silencio;
El dolor petrificó el umbral.
Entonces reluce en pura claridad
Sobre la mesa pan y vino.

Aportación de La Comunidad de Cristianos